



MI EXPERIENCIA DE CRISTO

DR. HECTOR R. CROXATTO

Con ocasión del XI Congreso Eucarístico Nacional, un grupo de cristianos prominentes fue invitado a dar testimonio público de su fe en Jesucristo, en la Biblioteca Nacional. El 6 de agosto, entre otros, el Dr. Croxatto, miembro de la Academia Pontificia de Ciencias, entregó el siguiente testimonio sobre su fe, tan unida a su investigación científica.

Un escritor (Mark Twain) que, con penetrante agudeza, ha hurgado en los recónditos pliegues del espíritu humano, escribió con lacerante ironía una vez: "El hombre es como la luna, tiene un lado oscuro que no muestra". Pienso que es la humildad, tanto más si es en la solemne intimidad del confesionario, la que mejor entrega esa transparencia que es la reconciliación con Dios. Es con penuria que llego aquí a mostrar la cara oscura, desconocida, donde hubo muchas dudas que proyectaron sus sombras en el ya largo camino de mi vida, donde la luz cenital sólo se filtró lenta e insistentemente para adquirir al fin su plenitud meridiana.

Infancia tranquila

Una infancia sossegada y despreocupada, bajo la tutela profundamente afectuosa de mis padres. Un sentido estricto de responsabilidad y respeto, un acendrado principio del cumplimiento del deber, eran la atmósfera dominante. Nuestra casa fue una fortaleza que nos defendía de las turbulencias y asechanzas del mundo, donde parecía que ese hogar no necesitaba protección divina. En la primera escuela que frecuenté con mis hermanos, conocí el Catecismo y aprendí las

oraciones. El Liceo Fiscal de Temuco, años después, que me dio la disciplina y el amor por el estudio, me avanzó una atrayente visión casi idílica del mundo, la pujante y omnipotente avanzada de la Ciencia. No se hablaba del Supremo Hacedor, y muchas veces con burlesca displicencia, en nuestras conversaciones de corrillos, profesores y alumnos se referían a la actitud retrógrada de la Iglesia. Mi padre descendía de una familia que en Italia había dado muchos sacerdotes y monjas; los antepasados de mi madre dieron mujeres que consagraron en conventos su vida a Dios. Sin duda que en mi padre, a pesar de la dura lucha cotidiana, en el fondo de su corazón, ardió, sin extinguirse, su fe; pero en sus últimos años ésta alumbró maravillosamente su vida interior y sus actos. Mi madre guardó y guarda una profunda reverencia y amor a Dios por sobre todas las cosas; nunca estuvo muy distante de su rosario. Sin embargo, rara vez frecuenté una Iglesia, no tuve contacto significativo con algún sacerdote durante los años de estudiante, ni me vi abrumado de inquietudes por el más allá de la existencia, consagrado casi enteramente al estudio. El mundo de la Naturaleza con sus encantos y misterios, y las lecturas fueron haciendo madurar una confianza en el poder autosuficiente de la razón y del ingenio que el hombre pone al servicio de la Ciencia para conquistar el mundo y desentrañar los interrogantes del Cosmos y del Ser.

El cuestionamiento de las Ciencias

Fue sin duda, mi admiración sin reservas por las Ciencias, lo

que me decidió a estudiar Medicina. Aparte de la nobleza de su misión, en esa carrera parecía que podían cumplirse cabalmente todos los ideales que podía forjar mi imaginación. El primer año de estudios sacudió sus raíces mi desaprensiva actitud, y un océano de dudas empezó a aflorar en mi mente, ajena hasta entonces a preocupaciones metafísicas. El espectáculo dantesco de la sala de Anatomía, el contacto diario con cadáveres humanos, abrieron la primera brecha y en ella me fustigaron las más inquietantes reflexiones sobre la vida y la muerte y el último destino del hombre. Los libros de Ciencia tenían sólo parte de la verdad... Estas interrogantes fueron en aumento y se expresaban en las íntimas conversaciones con alguno de mis admirados compañeros de estudios, no sólo de mentes muy lúcidas sino que, además, vivían muy ejemplarmente su fe católica. El estudio intenso a que nos obligaba la carrera, no dejaba lugar para avivar las dudas, pero en la soledad de mi cuarto de estudiante, invocaba la ayuda del buen Jesús para despejar la incertidumbre. Los diálogos de la fe se hicieron más abiertos cuando tuve la fortuna de ingresar como ayudante a la Cátedra de Química Biológica, del joven profesor Eduardo Cruz Coke, recién elegido. Ha sido uno de los acontecimientos que más influyó en mi formación. Cruz Coke, paladín de la juventud católica, adelantado a su época, poseía una visión universalizadora en la que parecían converger todas las más importantes avenidas del pensamiento religioso, filosófico, científico y poético. En sus innumerables mensajes, nos contagiaba la alegría y los magníficos tesoros de su fe, que alcanzaban gran exaltación cuando nos recitaba con gran emoción los versos de los grandes místicos: Santa Teresa de Jesús y San Juan de la Cruz. Tal vez por el influjo de este gran maestro, iba afirmándose la vocación que me convertiría en investigador científico dejando a la zaga el ejercicio de la Medicina. Me sentía cada vez más

Mi experiencia de Cristo. [artículo]

Libros y documentos

FECHA DE PUBLICACIÓN

1980

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Mi experiencia de Cristo. [artículo]. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile